

Arturo Sosa A.

El modo nuestro de proceder

Alrededor de los jesuitas se han tejido toda clase de leyendas blancas y negras. En 450 años de vida la Compañía de Jesús ha sido objeto igualmente de las más grandes alabanzas y de los más injuriosos insultos. A la Compañía de Jesús se la ha llamado de muchas partes y ha sido expulsada de otras tantas.

Los jesuitas junto con la imagen de poseer una sólida formación espiritual e intelectual, de ser competentes en los más variados campos de trabajo, de haber tenido la mayor confianza de la iglesia y de haber sido reconocida su capacidad en la educación o la predicación, se les echa en cara poseer una "maquiavélica" habilidad para lograr lo que se proponen, basada en una supuesta estrategia que usa métodos "secretos", sólo conocidos por ellos. De allí se deriva la caricatura que es moneda corriente en ciertos ambientes del jesuita: taimado, soberbio, falaz, sinuoso en el trato, caza-herencias, adulator con los poderosos, intrigante... De allí se pasa a la imagen de una Compañía de Jesús descrita como potente transnacional, que domina en la sombra ingentes capitales, capaz de derribar gobiernos, buscar el dominio de la propia cúpula de la Iglesia, porque quieren dominar el mundo.

Estas leyendas no son cuestión del pasado. A raíz del Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII en 1961 y finalizado en 1965, la Compañía de Jesús, como toda la Iglesia, ha intentado cambiar para ponerse a tono con las exigencias del actual momento de la historia humana. Las transformaciones de la vida y trabajo de los jesuitas en los últimos veinticinco años son interpretadas con frecuencia a la luz de las leyendas históricas tejidas sobre la múltiple actividad de la Compañía de Jesús.

Con ocasión de este año en el que se celebran los 450 años de la fundación de la Compañía de Jesús (fue aprobada por el

Papa Paulo III el 27 de septiembre de 1540), los 500 años del nacimiento de su fundador, Ignacio de Loyola y los 75 años de presencia en Venezuela, después de la Independencia, puede ser útil formular cómo nos vemos los jesuitas en este momento y cómo nos sentimos parte de la misma Compañía de nuestros antecesores hasta llegar a los propios fundadores. En otras palabras, cuál es la identidad de la Compañía de Jesús o, para usar las palabras que desde los inicios se refieren a ella, cuál es el modo nuestro de proceder, aquello que une y especifica cuatro siglos y medio de historia, miles de sujetos regados por todas las regiones del mundo, y dedicados a una vasta gama de actividades.

COMUNES Y CORRIENTES

El jesuita no es una persona fuera del común. La primera característica es que somos seres humanos comunes y corrientes, conscientes de nuestra debilidad, por una parte, y de las enormes potencialidades que surgen de seguir la invitación a ser "compañeros de Jesús", por la otra. Lo propio del jesuita es tener como centro afectivo de su vida a la persona de Jesús de Nazareth, experimentado como el Salvador, el Cristo enviado por papá-Dios para hacernos libres.

El cimiento del modo nuestro de proceder es la experiencia de haber conocido en carne propia que alguien entregó su propia vida de para hacernos hermanos. Es haber experimentado de esa manera que no hay amor más grande que entregar la propia vida. Que conocer el amor incondicional y gratuito es conocer a Dios.

Porque su vida está centrada en el amor a la persona de Jesucristo, el jesuita desarrolla una especial sensibilidad que lo impulsa a reconocer que la vida de cual-

quier otra persona merece la entrega de la propia para hacerla crecer. Como Jesús está dispuesto a "perder su vida" para que exista la fraternidad fundada en el amor.

Un modo de proceder en el que la fe y la esperanza son notas siempre presentes. Fe y esperanza que se manifiestan en la seguridad de que lo que hoy existe como realidad histórica, llena de injusticias y desigualdades, no es lo único que puede existir. De la historia humana puede nacer algo nuevo, unas relaciones humanas basadas en la solidaridad propia de quien hace al otro su hermano. Esa posibilidad se hace realidad en la medida en que cada uno de nosotros como personas y los grupos de los que somos partes iniciamos esas relaciones nuevas y nos decidimos a vivir en el amor capaz de entregar la propia vida para que surja ésta en abundancia para todos.

Por eso, el modo nuestro de proceder sufre la tensión entre las limitaciones personales y sociales actuales, y la realidad que con la propia entrega se quiere crear. Del mismo modo sufre la tensión entre la fidelidad a la tradición del Evangelio, la vida de Jesús y las notas fundamentales de la primitiva Compañía de Jesús, y la adaptación a las exigencias, modalidades y retos de la variedad de situaciones que hoy enfrentan los jesuitas. Forma parte de la identidad de la Compañía vivir esa tensión sin descuidar ninguno de los polos. El jesuita es simultáneamente tradicional e innovador. Vive de las fuentes ignacianas, de su modo característico de encarnar históricamente el seguimiento de la persona de Jesús y, simultáneamente, está inmerso en el momento del mundo, en las angustias y esperanzas de la gente con la comparte los problemas e interrogantes contemporáneos.

AMIGOS EN EL SEÑOR

La Compañía de Jesús está compuesta en este momento por 24.360 miembros, repartidos por los cinco continentes, presentes en 113 países distintos. Este escueto dato ya puede darnos una idea de la diversidad existente en el seno de la Compañía de Jesús. Pero si a él añadimos que los jesuitas realizan trabajos tan disímiles como regentar cientos de establecimientos universitarios o de enseñanza de filosofía y teología, de colegios de educación media y primaria. Cuidar de cientos de parroquias y diócesis en zonas misione-

ras. Dirigir decenas de revistas, empresas editoriales, emisoras de radio y televisión. Mantener centros de investigación en ciencias sociales, educación, ciencias físicas y matemáticas, astronomía... Promover organizaciones populares de todo tipo... y muchas cosas más que hacen de la Compañía de Jesús un cuerpo complejo y variado.

Esa diversidad no es, sin embargo, dispersión, ni siquiera una sofisticada forma de federalismo o de respeto a las autonomías relativas. El modo nuestro de proceder es el de un cuerpo. Cada jesuita se siente miembro del cuerpo de la Compañía y lo que hace es porque le ha sido encomendado. En ese sentido la unidad es otra dimensión propia de la manera de ser de los jesuitas.

Vivir la unidad en la diversidad es posible por un sustrato propio ayudado por una concepción de la organización. Sin lo primero lo segundo es imposible. Ese sustrato que hace posible la unidad tiene la misma "fuente" a la que nos referimos arriba. El encuentro personal con la persona de Jesucristo nos ha reunido entre nosotros como sus compañeros. La fraternidad que brota de ese encuentro se concreta en que podamos sentirnos realmente amigos y una amistad que no se basa únicamente en el conocimiento interpersonal, sino sobretudo en compartir la misma vocación. Cualquiera puede suponer que es imposible conocer a los casi veinticincomil jesuitas dispersos por el mundo. Pero más inverosímil parece que se puedan considerar amigos. Si no se dan estas "imposibilidades" la Compañía de Jesús simplemente no puede existir.

Eso que se llama el modo nuestro de proceder identifica esa forma de ser "amigos en el Señor". Un sentido de cuerpo o sensibilidad de compañeros que hace que se genere una inspiración vital, difícil de precisar en datos externos, pero que hace que todo miembro de este cuerpo reaccione ante las más imprevistas circunstancias de un modo coherente, ignaciano, jesuítico.

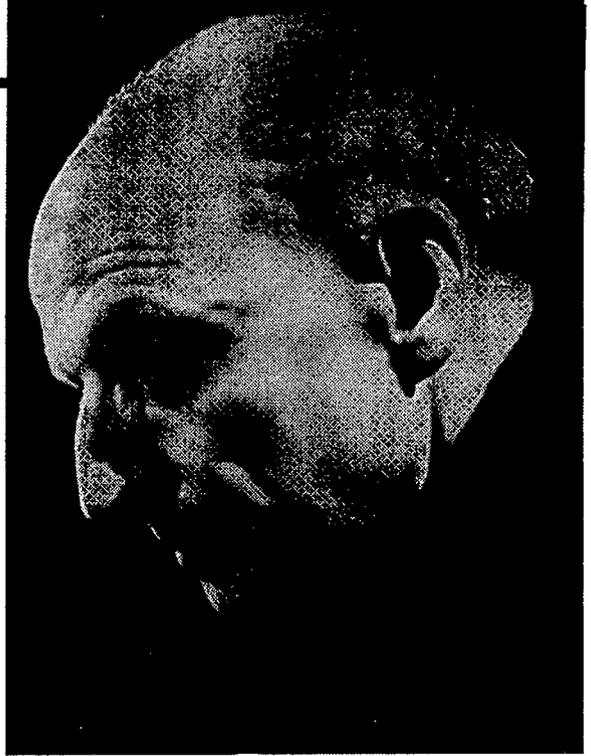
Ignacio de Loyola siempre se refería a la orden que fundó con un grupo de entrañables amigos en el Señor, como la mínima compañía. La sensibilidad común que dio origen y todavía hoy mantiene la identidad propia de los jesuitas se diferencia radicalmente de eso que se conoce sociológicamente como "espíritu de cuerpo" que lleva a que los miembros de una

organización castrense, gremial, sindical o política son protegidos a ultranza en cualquier circunstancia por la institución a la que pertenecen. Un "espíritu de cuerpo" que se convierte muchas veces en una velada forma de complicidad y en una manera de rehuir responsabilidades sociales o ante terceros.

Este sentido de mínima compañía, que forma parte sustancial del modo nuestro de proceder, lleva a buscar la profundidad de las relaciones internas más que el triunfalismo institucional. La mínima compañía es grande si su fidelidad al estilo de vida cristiano es su nota característica. La grandeza significada en mucho número de sujetos u obras, éxitos editoriales, reconocimientos, privilegios, honores...etc., va en el sentido opuesto al modo de ser característico ignaciano. En palabras del P. Arrupe: "se sirve doblemente cuando se sirve sin afán de protagonismo. El anonimato, en igualdad de circunstancias, debe preferirse".

Una concreción de este "sentido de mínima compañía" que se va extendiendo en América Latina es la multiplicación de trabajos apostólicos intercongregacionales. Cada vez es más frecuente encontrar a los jesuitas formando parte de equipos formados por religiosos y religiosas de distintas congregaciones. La experiencia de llevar adelante centros de formación conjuntos ha ido dando un sentido de contribución distinta y complementaria al mismo pueblo. De la misma manera se va haciendo natural la contribución de uno o varios jesuitas en trabajos que son responsabilidad de laicos o incluso ajenos a la Iglesia.

Por la ya mencionada variedad de trabajos a los que se dedican los jesuitas se plantea con cierta frecuencia la tensión entre "fidelidades". Muchísimos jesuitas trabajan en instituciones que no son de la Compañía de Jesús, que exigen también una "fidelidad". También en instituciones jesuíticas se plantea la tensión entre la fidelidad a la lógica propia de la institución y la disponibilidad de la persona al cuerpo de la Compañía. El modo de proceder propio de la identidad jesuítica lleva



a tener clara la fidelidad primera a la Compañía. El encuentro con la persona de Jesús que funda la pertenencia a ella no admite compartir fidelidades. De allí surge una única fidelidad. Esta opción fundamental no elimina las tensiones inevitables en la vida cotidiana, pero sí pone un sello al modo como se resuelven. El Padre Arrupe, quien enfrentó las más variadas tensiones provocadas por el dilema de la "doble fidelidad" afirmaba:

"En esa labor constructiva debe quedar a salvo el principio de identidad jesuítica, sabiendo que muchas cosas buenas en sí mismas no son para nosotros, que nosotros no podemos ni debemos hacerlo todo, y que en la Iglesia de Dios son diversos los caminos de servir al Señor. La inspiración del Evangelio trasciende las fórmulas simplistas de quienes consideran superadas las nociones de "identidad" y "pertenencia" en virtud de un igualitarismo no carente de cierta ingenuidad."

En la vida cotidiana ser "amigos en el Señor" se manifiesta en un estilo de vida sencillo, propio de personas normales. El lugar de vivienda, el tipo de casa, la forma de vestir, tienden a ser las propias de personas austeras. En su fundación esta manera de proceder distinguió a los jesuitas de las órdenes religiosas monásticas y dio origen a formas de entender la vida comunitaria religiosa en función de la libertad de sus miembros para el trabajo apostólico. Nace así un tipo de comunidad cuya cohesión proviene de la experiencia espiritual que los une y de la dedi-



El P. Kolvenbach en su visita a Caracas (12.10.84). Foto de Ramón García (El Nacional).

cación total al trabajo, más que de una distribución del tiempo respetada por todos al unísono y la permanencia de por vida en un mismo lugar.

La organización de la Compañía de Jesús se basa en los siguientes principios: confianza en cada uno de sus miembros, comunicación profunda e intensa, disponibilidad personal y colectiva en el sentido de pertenencia al cuerpo universal de la orden. De allí que pueda funcionar una organización cuya "línea de mando" es vertical, con un único Superior General para toda la Compañía, junto con una enorme autonomía y creatividad de las comunidades jesuitas o de cada jesuita en su propio trabajo. Lo propio del Superior General o de los Superiores Provinciales es asignar un área o cargo a cada uno de los jesuitas. Cada uno de ellos es responsable pleno en esa tarea que ha recibido. El acierto en encomendar los trabajos a quien mejor puede hacerlo es posible porque existe esa profunda e intensa comuni-

cación. El Superior Provincial conoce a fondo a los que están bajo su responsabilidad porque cada uno de ellos ha sido capaz de abrir su intimidad, como sucede entre "amigos en el Señor".

Con demasiada frecuencia se ha comparado a la Compañía de Jesús con un "ejército". Es cierto que a Ignacio de Loyola le gustaba referirse a ella como la "caballería ligera de la Iglesia". El "tercio" de la comparación ignaciana está en lo de "ligera", es decir, concebía a la Compañía de Jesús como un grupo de personas disponibles y alertas, capaces de reaccionar rápidamente frente a urgencias o novedades históricas, capaces de dar giros rápidos y precisos a sus formas de responder a las exigencias de tiempos nuevos. Desde el punto de vista organizativo la Compañía de Jesús es el polo opuesto a un ejército. Una institución militar es eficaz en la medida en que hay una unidad de mando y todo los niveles del aparato militar responden exactamente a

las órdenes que provienen de ese comando único. Lo propio del Comandante y su Estado Mayor es trazar la estrategia y la táctica de las batallas y dar las órdenes precisas a cada uno de los niveles. A los oficiales y soldados se les pide obedecer sin discutir esas órdenes. No se les pide creatividad sino fidelidad a los procedimientos decididos en la cúspide del mando. La Compañía de Jesús es un cuerpo en el que cada uno de los miembros es responsable de tomar decisiones no sólo de obedecer órdenes. La obediencia tiene un sentido más teológico que organizativo. Obediencia significa la disposición a entregar la propia vida para dar testimonio del amor. La obediencia jesuítica es también una expresión de la consagración al seguimiento de Jesús que se concreta en recibir de los "compañeros" y de su Iglesia la tarea a la que debe dedicarse. Pero no significa abdicar de sus capacidades sino desarrollarlas al máximo para una misión que no es la propia sino la contribución más eficaz a la causa de Jesús.

AL SERVICIO DEL PUEBLO DE DIOS

Otra dimensión característica del modo nuestro de proceder es el estar volcado hacia afuera. La vida religiosa monástica conocida hasta tiempos de Ignacio de Loyola ponía el acento en la profundización espiritual y cristiana de sus miembros. Su mayor contribución a la liberación del mundo era su propia calidad espiritual. Cultivarla llevaba toda la vida y todo el tiempo. Ignacio de Loyola concibe una congregación religiosa en la que invierte el acento. La "santidad" se sus miembros se mide por el mayor servicio que se hace a los hombres y mujeres del mundo, por la eficacia en la acción. La concepción y ordenamiento de la vida cotidiana de los jesuitas se subordinará a conseguir la mayor libertad para poder dedicarse a aquellos trabajos con los que pueden contribuir con mayor eficacia a extender la experiencia del amor de Dios, base de la liberación personal y social de la humanidad.

En tiempo de Ignacio de Loyola este cambio de acento significó la renuncia a características que se consideraban inherentes a toda "vida religiosa" dentro de la Iglesia Católica: los jesuitas no eran religiosos "estables" en un mismo sitio, por eso no fundaron monasterios, ni acepta-

ron parroquias o cualquier tipo de "dignidades" eclesíásticas. Tampoco rezaban en "coro" ni usaban un hábito que los distinguiera. Vestían a la usanza de los "sacerdotes honestos" del lugar donde moraban.

Esta forma de entender la vida religiosa es la que hace tener una perspectiva universal del trabajo al que son llamados los jesuitas. De allí surge una de las características más discutidas de la Compañía. Su especial vinculación a la Iglesia universal a través de un "voto de obediencia al Papa". Ignacio de Loyola reunió a un grupo de hombres dispuestos a servir en donde pudieran ser más útiles a toda la Iglesia. Por eso, es perfectamente lógico que los jesuitas están a la disposición de quien tiene la responsabilidad y cuidado de la Iglesia en todo el mundo. ¿Quién mejor que el Papa puede calibrar con precisión las necesidades del pueblo de Dios a las que los miembros de la Compañía de Jesús pueden atender? Esta especial vinculación con el Papa tiene su fuente también en el encuentro personal con Jesucristo. El es la cabeza de la comunidad mundial de los seguidores de Jesús. Tiene como misión fortalecer la fe de toda la Iglesia y reforzar los vínculos de comunión. Los jesuitas quieren contribuir a esa tarea poniéndose al servicio de aquellas porciones del pueblo de Dios especialmente necesitadas y siguiendo no su criterio personal sino el de quien, en nombre de Jesucristo, tiene encomendada esa misión.

Esta manera de concebir el servicio a la Iglesia no busca convertir a los jesuitas en los "privilegiados" de la jerarquía eclesíástica. No es la manera de buscar formar el "cogollito" de la Iglesia y de "estar al lado del Papa" para ejercer el mayor poder institucional bajo capa de estar a su servicio. No es una orden fundada para ocupar la curia vaticana. La intención es ubicar los sitios de fronteras, donde la dificultad o complejidad de la tarea hace difícil conseguir quien la haga o porque las distancias o entorno desconocido inhibe a otros de emprender el trabajo. Para habitar las fronteras están disponibles este grupo de compañeros de Jesús.

Sea cual sea la misión que se le encomienda a un jesuita debe siempre dedicarle parte de sus energías a atender las necesidades religiosas del pueblo sencillo. Esta nota es también característica del modo nuestro de proceder.

Igualmente caracteriza la identidad de este grupo la combatividad apostólica o, más bien, una cierta agresividad en emprender trabajos para atender necesidades nuevas o, incluso, adelantarse a situaciones que la dinámica de la historia humana va provocando. Por este talante se considera a los jesuitas aptos para misiones fuera de lo común y también esto explica por qué tantas veces han sido y son blanco de persecuciones.

LIBREMENTE POBRES

Ignacio de Loyola vivió en un tiempo en el que ser sacerdote podía significar una fuente de riquezas y beneficios de todo tipo. No únicamente por la corrupción o perversión de los fines de su función, sino incluso aquellos que lo ejercían normalmente. Sintió que tenía que proponer otro modelo de ejercicio del sacerdocio en el que la predicación de la palabra de Dios en sus más variadas formas, la enseñanza o cualquier actividad fuera también expresión de una de las características propias del amor: la gratuidad. Por eso, una de sus primeras formulaciones de la identidad del grupo fue: "sacerdotes pobres de Jesucristo".

Forma, pues, parte sustancial de la identidad del jesuita el elegir libremente ser pobre en el sentido más complejo de esta palabra. Una elección que está ligada a estar limpios de todo interés económico o de ascenso o prestigio social a la hora de escoger el tipo de trabajo que se va a realizar o el sitio y medios con los que se pueda contar para hacerlo. Otra vez tenemos que hacer referencia a la fuente del modo nuestro de proceder: el encuentro personal con Jesucristo, la experiencia del Dios-amor, es una vivencia profunda de gratuidad, de absoluta generosidad, de lo que se da sin pedir nada a cambio... de gracia. Y lo que se da es nada más y nada menos que la propia vida. Esa gratuidad en la que se funda una vida de seguimiento del camino de Jesús debe manifestarse en los más mínimos detalles porque después de experimentarla no se puede sino "dar gratis lo que gratis recibimos". Elegir libremente ser pobre es una manera de garantizar esas expresiones cotidianas de la gratuidad para vivir de la gracia.

Ser pobre nos hace libres, capaces de no tener ningún otro interés que hacer presente el amor entre los hombres.

En un mundo en el que cerca de las dos

terceras partes de las personas que lo habitan viven en la pobreza es casi inconcebible una vida religiosa cristiana que, además del desprendimiento personal, no se vea impelida a compartir la vida de los pobres. También esa necesidad brota del encuentro con Jesucristo quien no fue un "hombre" abstracto, sino un pobre.

Elegir libremente ser pobre es exactamente lo contrario de "sacralizar" la pobreza. Esa condición de la mayoría de la humanidad no es querida por Dios, ni por quienes constituyen la comunidad de los seguidores de Jesús. Más bien es una negación de Dios. La pobreza de muchos en contraste con la riqueza de pocos es una expresión de la ruptura de la fraternidad humana. Es la más clara manifestación de que no nos consideramos iguales unos de otros. Cuando esa realidad es una característica de las relaciones sociales podemos hablar, como los Obispos latinoamericanos reunidos en Medellín, de una "estructura de pecado" que al negar la vida de las mayorías se opone al mismo Dios.

Por eso es que el servicio de la fe, la predicación del amor de Dios, como finalidad de la Compañía de Jesús está indisolublemente ligada a la promoción de la justicia. Sin lucha por la justicia, contra las causas de la pobreza de las mayorías de la humanidad, la proclamación de la fe en Dios es palabra hueca. La Congregación General XXXII^a formuló así la identidad:

"¿Qué significa hoy ser jesuita? Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio. (...)

¿qué significa hoy ser compañero de Jesús? Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige." (D,2, 1 y 2)

En América Latina y Venezuela la lucha por la justicia no se reduce a los análisis de la situación o la denuncia de las violaciones de los derechos humanos. Se concentra en la contribución a hacer del pueblo pobre, sujeto de su propia liberación. Humanizar esta sociedad significa el surgimiento de una sociedad civil fuerte en la que los que hoy son pobres y marginados sean sujeto social organizado. Ese es uno de los servicios en el que, desde el modo nuestro de proceder, está empeñada la Compañía de Jesús.

PROFESIONALES PARA UN TRABAJO RIGUROSO Y DE CALIDAD

Una de las notas más conocidas de los jesuitas es su buena formación intelectual. Es, también, una dimensión irrenunciable del modo nuestro de proceder. "Religiosos pobres e ilustrados" podríamos decir parafraseando a Ignacio de Loyola.

El saber es una de las formas de poder en las sociedades antiguas y modernas. De una larga historia de preparación y trabajo intelectual han salido gran parte de los mitos sobre los jesuitas vistos como audaces manipuladores de los "poderosos" a través de su omnímodo saber.

La larga y rigurosa preparación de los jesuitas nace del espíritu cristiano. Se es consciente tanto de la importancia del mensaje que hay que comunicar como de la dignidad y diversidad de su destinatario. Dialogar con la gama de culturas que forman la historia humana y con la diversidad de gentes de cada sociedad exige aprender su lenguaje. Transmitir con fidelidad el mensaje cristiano, profundamente vivido, exige una buena formación.

Más aún, un cuerpo dispuesto a asumir tareas novedosas y captar "fronteras" en las que la Iglesia no puede estar ausente, no puede descuidar ningún área del saber humano. La lucha por la justicia que no se conforme con ser un "grito en el desierto" requiere el manejo de todas las disciplinas que puedan contribuir a construir un mundo humano y fraterno o, al menos, la capacidad de dialogar con ellas desde la fe que inspira a la Compañía.

Aquí se presenta otra de las tensiones propias de nuestro modo proceder: la tentación del profesionalismo. Muchas de las áreas cultivadas por los jesuitas como parte de su vocación requieren no sólo muchos años de formación, sino una dedicación plena. El riesgo está en contentarse con ser un "profesional honesto" y excelente en un trabajo importante y necesario para la vida de la Compañía y para su contribución a la transformación del mundo. Ser jesuita significa no conformarse con ser un buen profesional. El jesuita es un religioso, es decir, una persona consagrada a Dios, y cualquier actividad profesional es un instrumento apostólico que entra en el rango de lo conveniente no de lo necesario y al que hay que renunciar cuando pone en peligro la dimensión estrictamente religiosa del mo-

do nuestro de proceder.

Una de las notas simbólicas de esta consagración religiosa es la castidad. El jesuita, como toda la vida religiosa en la Iglesia, expresa su convencimiento de que "sólo Dios basta" a través del voto de castidad, es decir, de la renuncia a la expresión afectivo-sexual en la vida de pareja. En la sociedad contemporánea es uno de los signos más chocantes de la vida religiosa. Para los jesuitas significa que en todos los ambientes en los que se mueve en su vida de trabajo debe comportarse de tal manera que quede clara, tanto su consagración total y exclusiva a Dios como que ese Dios es amor y ellos personas capaces de transmitir afectivamente la felicidad que proporciona la vida en el amor. La castidad, por hacerse compañero de Jesucristo, no es una forma de "castigar" la afectividad humana, de insensibilizarse en las relaciones personales, sino de mostrar cotidianamente la trascendencia de la experiencia del amor de Dios y la fe en que lo que nos parece que no puede ser de otra manera, sí puede serlo no sólo en las grandes cosas sino también en la expresión afectiva del amor entre los seres humanos.

EL SECRETO DE LOS JESUITAS

La Compañía de Jesús es el fruto de un largo proceso que se inicia en la persona de Ignacio de Loyola. El fundamento de ese proceso lo escribió en un cuadernillo que tituló Ejercicios Espirituales y que se convirtió en su principal instrumento de trabajo. Así como quien quiere competir en las olimpiadas necesita ejercitarse, entrenarse, con un método que ponga todo su cuerpo a tono de rendir lo máximo posible, un seguidor de Jesucristo, un cristiano, debe ejercitarse en la disposición de entregar su propia vida para generar vida abundante en las demás personas.

Mucho antes de ocurrírsele a Ignacio de Loyola la fundación de una orden religiosa surgió un grupo de "amigos en el Señor" gracias a haber compartido ese camino de los Ejercicios Espirituales. Ese grupo de compañeros, con formación universitaria, decide entregarse al trabajo en una vida de pobreza y de servicio a la gente sencilla. A través de la sensibilidad espiritual adquirida a través de los Ejercicios Espirituales deciden, mediante un largo proceso de deliberaciones, fundar la

Compañía de Jesús. De la misma fuente fueron surgiendo sus características propias, las Constituciones -que no han sido modificadas en 450 años de historia- la organización y eso que conforma el modo nuestro de proceder.

Mediante los Ejercicios Espirituales se trasmite una experiencia del Dios amor, se facilita el encuentro con Jesucristo y se pone a la persona en condiciones de elegir libremente el camino de su seguimiento. Por eso, los Ejercicios son la auténtica escuela del modo nuestro de proceder. Son el secreto a voces de los jesuitas. Constituyen la experiencia a través de la cual se elige el seguimiento del camino cristiano no por un gran esfuerzo de convencimiento intelectual, sino por el afecto. El cristianismo es una vida entregada en el amor, no un compendio de "verdades" sobre Dios, el hombre y el mundo. Los Ejercicios Espirituales procuran las condiciones para que quien los haga se enamore de la persona de Jesús y se entusiasme de tal manera con su causa que sea capaz de entregar toda su persona, puesta al máximo de sus potencialidades, a su servicio, que no es otro que liberar a la humanidad de todo egoísmo y realizar una sociedad fundada en el amor mutuo.

Porque el jesuita es un hombre de oración y de discernimiento. Que dedica tiempo a cultivar su relación personal con Jesucristo, con papá-Dios y amoldar su vida al Espíritu Santo. Un hombre en permanente actitud de escucha y búsqueda, sin recetas prefabricadas sobre lo que va a hacer en su vida, a la escucha de las necesidades de los otros y con la sensibilidad suficiente para "escoger y hacer aquello que Dios quiere". Una búsqueda que encuentra porque no se contenta con la simple duda. Se busca desde la acción por los otros, no desde la parálisis de quien da vueltas sobre lo mismo sin llegar a ninguna parte.

Ignacio de Loyola describía al jesuita con una comprometedor frase: contemplativo en la acción. Dedicado con todas sus fuerzas a ayudar a las demás personas a encontrar una vida humana y la experiencia del amor de Dios, y con una facilidad cuasi-natural para "encontrar a Dios en todas las cosas", en una comunicación con el amigo Jesús que mantenga viva la llama del afecto que provoca la entrega total. Ese es el secreto del modo nuestro de proceder.